

DISCURSO PRONUNCIADO
EL DÍA DE LA APERTURA DEL
SALÓN LITERARIO

SOBRE ARMONÍA ENTRE EL OBJETO DE ESTA INSTITUCION,
CON UNA EXIGENCIA DE NUESTRO DESARROLLO SOCIAL; Y DE
ESTA EXIGENCIA, CON OTRA GENERAL DEL ESPÍRITU HUMANO

1837

Nota a esta edición:

Reproducimos la obra *Discurso pronunciado el día de la apertura del Salón Literario* de D. Juan Bautista Alberdi de 1837, tomada del tomo I de las Obras Selectas de 1920, curado por Joaquín V. González.

El trabajo fue supervisado por Alcides Rodríguez, miembro de Ambas Américas.

Copyright 2008
Proyecto Gutenberg – Ambas Américas

www.ambasamericas.org

DISCURSO PRONUNCIADO

EL DIA DE LA APERTURA DEL

SALÓN LITERARIO

SOBRE ARMONÍA ENTRE EL OBJETO DE ESTA INSTITUCIÓN,
CON UNA EXIGENCIA DE NUESTRO DESARROLLO SOCIAL; Y DE
ESTA EXIGENCIA, CON OTRA GENERAL DEL ESPÍRITU HUMANO

1837

ADVERTENCIA

El que se crea obligado a decir que no son exactas las aseveraciones contenidas en este discurso, puede pedir antes al autor algunas explicaciones sobre ellas, que no tendrá obstáculo en dar, y puede ser que de estas explicaciones salga su evidencia, y el desgano de refutarlas. No sería extraño que la concisión esencial de un discurso de esta naturaleza, hubiese esparcido alguna oscuridad sobre ideas que se vuelven claras desde que se cuenta con algunos antecedentes históricos y filosóficos.

Señores:

No hace muchas mañanas que el *cañón de Mayo* vino a quitaros el sueño, para advertiros que estaban cumplidos 27 años a que nosotros entramos en un movimiento nuevo y fecundo.

Pero, señores, no pudiéramos saber por qué y para qué entramos en este movimiento; porque estoy creído que mal nos será dado caminar si no sabemos de dónde venimos, y a dónde vamos. Aquí tenéis, pues, nuestra revolución en presencia de la filosofía, que la detiene con su eterno *por qué* y *para qué*.

Cada vez que se ha dicho que nuestra revolución es hija de las arbitrariedades de un virrey, de la invasión peninsular de Napoleón, y otros hechos semejantes, se ha tomado, en mi opinión, un motivo, un pretexto por una causa. Otro tanto ha sucedido cuantas veces se ha dado por causa de la revolución de Norteamérica la cuestión del té; por causas de la Revolución Francesa, los desórdenes financieros y las insolencias de una aristocracia degradada. No creáis, señores, que de unos hechos tan efímeros hayan podido nacer resultados inmortales. Todo lo que queda, y continúa desenvolviéndose, ha tenido y debido tener un desenvolvimiento *fatal* y necesario.

Si os colocáis por un momento sobre las cimas de la historia, -veréis al género humano marchando, desde los tiempos más primitivos, con una admirable solidaridad, a su desarrollo, a su perfección indefinida. Todo, hasta las catástrofes más espantosas al parecer, vienen a tomar una parte útil en este movimiento progresivo. La caída del Oriente en manos de Alejandro es el complemento del mundo griego; la caída del mundo griego es el desarrollo del mundo romano; la destrucción del mundo romano es la elevación del mundo europeo; las victorias emancipadoras de América son la creación del mundo universal, del mundo humano, del *mundo definitivo*.¹

Vos veis, pues, esta eterna dinastía de mundos generarse sucesivamente para prolongar y agrandar las proporciones de la vida del linaje humano: cada civilización nace, se desarrolla, se resume en fin en una palabra fecunda, y muere dando a luz otra civilización más amplia y más perfecta.

La causa, pues, que ha dado a luz todas las repúblicas de las dos Américas; la causa que ha producido la Revolución Francesa, y la próxima que hoy amaga a la Europa, no es otra que esta eterna impulsión progresiva de la humanidad.

Así, señores, nuestra revolución es hija del desarrollo del espíritu humano, y tiene por fin este mismo desarrollo: es un hecho nacido de otros

¹ Expresión de Jouffroy

hechos, y que debe producir otros nuevos: hijo de las ideas, y nacido para engendrar otras ideas: engendrado para engendrar a su vez, y concurrir por su lado al sostén de la cadena progresiva de los días de la vida humanitaria. Tengamos, pues, el 25 de Mayo de 1810 por el día en que nosotros fuimos envueltos e impelidos por el desenvolvimiento progresivo de la vida de la humanidad, cuya conservación y desarrollo es el fin de nuestra revolución, como de todas las grandes revoluciones de la tierra. Pero para alcanzar este fin ¿no hay más que un solo medio, un solo camino, una sola forma, y un solo día? ¿Y este camino, y esta forma, y este día, son los que han seguido y en que han llegado la Francia, o la Confederación de Norteamérica? A la vista de nuestra carrera constitucional, pudiera decirse que nosotros lo hubiésemos creído así; pero evidentemente si así lo hemos creído, nos hemos equivocado.

El desarrollo, señores, es el fin, la ley de toda la humanidad; pero esta ley tiene también sus leyes. Todos los pueblos se desarrollan necesariamente, pero cada uno se desarrolla a su modo; porque el desenvolvimiento se opera según ciertas leyes constantes, en una íntima subordinación a las condiciones del tiempo y del espacio. Y como estas condiciones no se reproducen jamás de una manera idéntica, se sigue que no hay dos pueblos que se desenvuelvan de un mismo modo. Este modo individual de progreso constituye la civilización de cada pueblo; cada pueblo, pues, tiene y debe tener su civilización propia, que ha de tomarla en la combinación de la ley universal del desenvolvimiento humano, con sus condiciones individuales de tiempo y espacio. De suerte que, es permitido opinar, que todo pueblo que no tiene civilización propia, no camina, no se desenvuelve, no progresa, porque no hay desenvolvimiento sino dentro de las condiciones del tiempo y del espacio; y esto es por desgracia lo que a nosotros nos ha sucedido. Al caer bajo la ley del desenvolvimiento progresivo del espíritu humano, nosotros no hemos subordinado nuestro movimiento a las condiciones propias de nuestra edad y de nuestro suelo; no hemos procurado la civilización especial que debía salir como un resultado normal de nuestros modos de ser nacionales; y es a esta falta, que es menester referir toda la esterilidad de nuestros experimentos constitucionales.

¿Qué es lo que nosotros hemos hecho, señores? El tiempo es corto; permitidme cambiar por un instante la pluma por el pincel.

La España nos hacía dormir en una cuna silenciosa y eterna; y de repente aquella nación que no duerme nunca, y que parece encargada de ser la centinela avanzada en la gran cruzada del espíritu humano, hace sonar hasta nosotros un cañón de alarma, en los momentos en que recién paraba el cañoneo de la emancipación del Norte. Nosotros entonces despertamos precipitados, corrimos a las armas, buscamos las filas de los gigantes, marchamos con ellos, peleamos y vencimos. El mundo nos bate las manos, se descubre, se inclina, nos saluda hombres libres, y nos abre sus rangos. El estrépito del carro y las trompetas de nuestra gloria, aturde nuestra conciencia; y nos figuramos de la estatura del mundo libre, porque habíamos tomado un papel en su inmenso drama.

Un día, señores, cuando nuestra patria inocente y pura sonreía en el seno de sus candorosas ilusiones de virilidad, de repente siente sobre su hombro una mano pesada que le obliga a dar vuelta, y se encuentra con la cara austera del Tiempo que le dice: está cerrado el día de las ilusiones; hora es de volver bajo mi cetro.

Y entonces conocemos que mientras los libres del Norte y de la Francia no habían hecho más que romper las leyes frágiles de la tiranía, nosotros nos empeñábamos en violar también las leyes divinas del tiempo y del espacio.

Luego, señores, nuestra situación quiere ser propia, y ha de salir de las circunstancias individuales de nuestro modo de existir juvenil y americano.

Entretanto, el movimiento general del mundo, comprometiéndonos en su curso, nos ha obligado a empezar nuestra revolución por donde debimos terminarla: por la acción. La Francia había empezado por el pensamiento para concluir por los hechos; nosotros hemos seguido el camino inverso, hemos principiado por el fin. De modo que nos vemos con resultados y sin principios. De aquí las numerosas anomalías de nuestra sociedad: la amalgama bizarra de elementos primitivos con formas perfectísimas; de la ignorancia de las masas con la república representativa. Sin embargo, ya los resultados están dados, son indestructibles, aunque ilegítimos: existen mal, pero en fin existen. ¿Qué hay que hacer, pues, en este caso? Legitimarlos por el desarrollo del fundamento que les falta; por el desarrollo del pensamiento. Tal, señores, es la misión de las generaciones venideras; dar a la obra material de nuestros padres una base inteligente, para completar de este modo nuestro desarrollo irregular; de suerte que somos llamados a ejecutar la obra que nuestros padres debieron de haber ejecutado, en vez de haber hecho lo que nosotros debíamos hacer recién.

Así, señores, seguir el desarrollo, no es hacer lo mismo que hicieron nuestros padres, sino aquello que no hicieron, y debieron hacer. Continuar la vida principiada en Mayo, no es hacer lo que hacen la Francia y los Estados Unidos, sino lo que nos manda hacer la doble ley de nuestra edad y nuestro suelo; seguir el desarrollo es adquirir una civilización propia, aunque imperfecta, y no copiar las civilizaciones extranjeras, aunque adelantadas. Cada pueblo debe ser de su edad y de su suelo. Cada pueblo debe ser él mismo; lo natural, lo normal nunca es reprochable. La infancia no es risible con toda su impotencia; lo que la ridiculiza es la pretensión de virilidad. Hasta lo perfecto es ridículo fuera de su lugar; o más bien, no hay más perfección que la oportunidad.

Estamos, pues, encargados, los que principiamos la vida, de investigar la forma adecuada en que nuestra civilización deba desarrollarse, según las circunstancias normales de nuestra actual existencia argentina; estamos encargados de la conquista de las vías de una civilización propia y nacional.

Es cierto que en Mayo de 1810 comenzamos nuestro desarrollo; pero es cierto también que lo comenzamos mal. Lo comenzamos sin deliberación; lo hemos seguido sin conciencia; nosotros no nos hemos movido; hemos sido movidos por la impulsión *fatal* de otras cosas más grandes que las nuestras. Así es que nosotros sabíamos que nos movíamos, pero no sabíamos ni por qué ni para qué. Y si sabíamos en fin, no conocíamos ni su distancia ni el rumbo especial; porque se ha de notar, que en virtud de una perfecta semejanza de las leyes de la gravitación del mundo físico con las leyes de la gravitación del mundo moral, cada pueblo, como cada cuerpo material, busca un solo fin; pero por camino peculiar, y mil veces opuesto. Ya es tiempo, pues, de interrogar a la filosofía la senda que la nación argentina tiene designada para caminar al fin común de la humanidad. Es, pues, del pensamiento, y no de la acción material, que debemos esperar lo que nos falta. La fuerza material rompió las cadenas que nos tenían estacionarios, y nos dio movimiento; que la

filosofía nos designe ahora la ruta en que debe operarse este movimiento. Por fortuna de nuestra patria, nosotros no somos los primeros en sentir esta exigencia; y no venimos más que a imitar el ejemplo dado ya en la política, por el hombre grande que preside nuestros destinos públicos. Ya esta grande capacidad de intuición, por una habitud virtual del genio, había adivinado lo que nuestra razón trabaja hoy por comprender y formular: había ensayado de imprimir a la política una dirección completamente nacional; de suerte que toda nuestra misión viene a reducirse a dar a los otros elementos de nuestra sociabilidad, una dirección perfectamente armónica a la que ha obtenido el elemento político en las manos de este hombre extraordinario.

Pero si la percepción de la ruta en que deba caminar nuestra sociabilidad, debe salir del doble estudio de la ley progresiva del desarrollo humano, y de las calidades propias de nuestra nacionalidad, se sigue que dos direcciones deben tomar nuestros trabajos inteligentes: 1º La indagación de los elementos filosóficos de la civilización humana. 2º El estudio de las formas que estos elementos deben de recibir bajo las influencias particulares de nuestra edad y nuestro suelo. Sobre lo primero es menester escuchar a la inteligencia europea, más instruida y más versada en las cosas humanas y filosóficas que nosotros. Sobre lo segundo no hay que consultarlo a nadie, sino a nuestra razón y observación propia. Así nuestros espíritus quieren una doble dirección extranjera y nacional, para el estudio de los dos elementos constitutivos de toda civilización: el elemento humano, filosófico, absoluto; y el elemento nacional, positivo, relativo.

En estos dos objetos tenemos que hacer estudios nuevos. La Europa que no cesa de progresar en el primero, tiene hoy ideas nuevas, que nuestros predecesores no pudieron conocer, y que nosotros somos llamados hoy a importar en nuestro país. Con la Revolución Francesa de (17)89 termina el siglo XVIII su misión inteligente. El imperio hace contraer el pensamiento a la naturaleza y a la observación; y el Instituto, y la Escuela Normal tienen desarrollo. La Restauración, de naturaleza ecléctica, imprime su carácter mixto al pensamiento de su época, y Platón y Kant, y Hegel, son presentados y asociados a Condillac, por Royer Collard y Víctor Cousin.

De aquí una nueva filosofía que termina con la revolución de Julio y por ella; porque esta revolución no siendo en el fondo otra cosa que la destrucción del eclecticismo de la Carta de 1814, viene también a destruir el eclecticismo de la filosofía restauradora, y una nueva dirección toma el pensamiento. Todos estos movimientos sociales y políticos proporcionan a las ciencias morales numerosas conquistas. Mas, como estos movimientos y estas conquistas pertenecen a nuestro siglo, nuestros padres no han podido elevarse sobre el espíritu moral del siglo antecedente. Estoy obligado aquí a confesar que esta aserción está llena de brillantes excepciones. Yo he dicho la Francia, cuando he hablado de la Europa, porque en materias de inteligencia, la Francia es la expresión de la Europa. Yo he dicho las ciencias morales, cuando he hablado del pensamiento humano, porque son por ahora las ciencias que nos importan: ellas son por esencia y por misión las ciencias de los republicanos, porque, en efecto, la república no es en el fondo otra cosa que la más alta y la más amplia realización social de la moral, de la razón y la moral del evangelio.

En cuanto al segundo objeto, el estudio de lo nacional, es un trabajo nuevo, en que no se entró con decisión en nuestro país; sin duda porque no se conoció bastantemente que lo nacional era un elemento necesario de nuestro

desenvolvimiento argentino. Bien, pues, señores, es el pensamiento de esta doble exigencia inteligente de nuestra patria, el que ha presidido a la elección de los libros que forman la colección, cuyas lecturas vamos a abrir desde este día. Ya veis, pues, que aquí no se trata de leer por leer. Habría sido frívolo suscribirse con un semejante objeto. Se trata nada menos que de alistarse para llenar una exigencia de nuestro desenvolvimiento social. Habéis visto salir esta exigencia de la comparación de nuestro desarrollo histórico, con la ley filosófica de todo progreso nacional; para lo cual he principiado por mostraros que estamos en desarrollo, y que estamos, así, porque tal es la ley de todos los pueblos del mundo. Me ha sido, pues, indispensable, para informaros del interés público de esta institución, de señalaros la doble armonía que existe entre ella, con una exigencia de nuestra marcha progresiva, y entre esta marcha nuestra con la marcha de toda la humanidad.